

STEFAN AHNHEM

18

BAJO  
CERO



## EN UN CALUROSO DÍA DE VERANO

Un coche acelera por las calles de Helsingør. Cuando llega al puerto, el conductor sigue su camino, y se adentra y sumerge directamente hacia el mar frío y oscuro.

## UN CUERPO EN EL AGUA.

Pero no se trata de un suicidio. La autopsia revela que este hombre lleva un tiempo muerto. Fue asesinado hace dos meses y su cuerpo ha sido congelado.

## TODO SE VUELVE MÁS FRÍO.

A medida que se descubren más cuerpos, Fabian Risk debe cazar a un asesino que parece tener una misión: preservar el cadáver de sus víctimas y crear la muerte perfecta.

«Si te gusta *Millenium* de Stieg Larsson, adorarás esta oscura y diabólicamente inteligente novela». **Caitlyn Lynch**

«Esta novela *noir* nórdica del escritor y guionista *best seller* Stefan Ahnhem, hará que no te despegues de la butaca». **Sunday Post**

«Ahnhem abre la puerta a las habitaciones cerradas de sus personajes, a los laberintos y rincones de sus mentes. Y lo hace con gran éxito y perspicacia». **Fyens Stiftstidende (Dinamarca).**

«Maravillosamente bien concebido y excelentemente ejecutado, con sorpresas que aparecen a medida que evoluciona el caso. El suspense dura hasta el final, también en el caso paralelo que tiene lugar en Helsingør. Una experiencia de lectura verdaderamente genial y locamente

emocionante. Esperaré con ansias la próxima de la serie»  
**Litteratursiden (Dinamarca).**

«Una novela policiaca escalofriantemente emocionante»  
**Lokalavisen Nordsjælland (Dinamarca).**

«Ahnhem desvela los monstruosos crímenes que acechan bajo la aparentemente plácida superficie de Escandinavia». **Publishers Weekly, US (starred review)**

«Acosará tu memoria mucho después de que hayas terminado de leer. /.../ Me quito el sombrero ante Ahnhem». **Kirkus Reviews US (starred review)**

## PRÓLOGO

### **28 de octubre de 2010**

Pasaban solo unos minutos de la medianoche cuando el taxi se detuvo frente a la casa. Dos billetes de quinientas coronas cambiaron de manos y el hombre bajó del coche sin esperar el cambio. El viento gélido y penetrante procedía de las aguas negras del estrecho de Kattegatt, y soplaba con tanta fuerza que incluso notó en el aire la sal de las olas que se estrellaban en el espigón, situado a unos cuarenta metros entre las sombras.

La fina capa de hielo del suelo indicaba que la temperatura había descendido por debajo de cero, así que rodeó el taxi, abrió la puerta trasera del otro lado y ayudó a su acompañante a bajar para que no resbalara con aquellos tacones tan altos.

«Ya solo treinta metros hacia la izquierda», pensó, cerrando la puerta. Treinta metros en los que debía adoptar con ella una actitud amable e irradiar seguridad sin parecer demasiado insistente, para que sintiera en todo momento que la decisión de acompañarle a casa era suya y solo suya.

Ella se estremeció y se ciñó su pequeña capa de piel con la mano derecha, dejando que le cogiera la izquierda mientras caminaban hacia la casa. Eso era buena señal. Sobre todo teniendo en cuenta lo complicada que había resultado la cena. Tuvo que emplear todos sus recursos para evitar que ella lo calara, para que no descubriera las grietas en su sonrisa y se levantara de la mesa sin más.

Se habían encontrado en el Gran Hôtel Mölle, según lo previsto. Ella estaba esperándole en un sofá de cuero del

vestíbulo, con una bebida en la mano y sus largas y esbeltas piernas cruzadas. De entrada, le había impresionado que tuviera el mismo aspecto que en la fotografía. Su pelo oscuro cortado como un chico, sus labios de tono rojo oscuro y sus altos pómulos eran tal como los había imaginado. Incluso su cutis, que había supuesto retocado con algún programa informático, daba la impresión de no haber estado expuesto jamás a los destructivos rayos del sol.

Casi nunca sucedía así. Casi cada vez, de hecho, la realidad resultaba decepcionante. La cuestión era hasta qué punto. Cutis basto, cejas sin depilar, michelines que no podían ocultarse bajo ropa holgada. Algunas veces la realidad había resultado tan distinta de la foto que se había dado media vuelta antes de que ellas pudieran decir «hola» siquiera.

Sin embargo, esta noche había tenido que esforzarse de verdad. Mientras subían por ese camino adoquinado y provisto de luces automáticas típico de Höganäs, decidió que se merecía un poco de diversión: tanta diversión como para que ella no pudiera caminar durante al menos una semana. Solo necesitaba tomar una precaución primero. Así pues, se detuvo allí donde la iluminación exterior era más intensa y la cámara de vigilancia disponía de un buen ángulo, y se volvió a mirarla.

Al ver que le sostenía la mirada, posó los labios sobre los suyos. No hacía falta que ella le devolviera el beso. Bastaba con que lo aceptara. Con tal de que no lo apartara de un empujón o lo abofeteara, contaría con la prueba necesaria para mantener que había sido una relación consentida y que las acusaciones en su contra no eran más que excusas inventadas *a posteriori* para sacarle dinero. En otras palabras, enseguida podría hacer lo que quisiera con ella.

La hizo pasar dentro y la ayudó a quitarse la capa de piel. Como la mayoría de las mujeres que habían llegado hasta aquí, apenas pudo disimular lo impresionada que se

sentía por la acogedora distribución, por el fuego ya encendido de la chimenea y por los muebles fabricados a medida. Asimismo, impresionaban los cuadros colgados en las paredes, al lado de los cuales cualquier exposición del centro cultural Dunker de Elsinor parecía obra de una pandilla de párvulos.

Le propuso tomar una copa en el bar, asegurándole que sus mojitos eran insuperables. Ella, con la cara iluminada, empezó a seguirle y a bajar la escalera. Una vez abajo, él se detuvo para dejar que caminara delante por el pasillo encalado, pasando junto a la sala de *spa*, y le indicó que se dirigiera a la puerta del fondo, a la izquierda de la librería empotrada.

Ella hizo lo que le decía. Sin embargo, al entrar en la habitación sin ventanas, se volvió a mirarlo con aire confuso, tal como habían hecho cada una de las anteriores. Todas se habían preguntado dónde estaba el bar que les había prometido.

Porque, en vez de ese bar, había una cama enorme, así como cuatro recias anillas metálicas cuyas correas estaban enlazadas a su vez a unos cables que discurrían por las paredes, por el suelo y por una serie de poleas. Estaba todo pintado de blanco para no distraer la mirada.

El golpe le salió un poco más fuerte de lo que había previsto. No quería arruinar esa preciosa cara; al menos no todavía. Ella cayó hacia atrás sobre la cama. Mientras se apresuraba a atarle el primer cable alrededor de la muñeca, vio de reojo que le sangraba la nariz. Desde luego estaba demasiado aturdida para reaccionar y no pudo resistirse antes de que terminara de atarle los brazos y las piernas, momento en el cual tensó los cables con calma hasta dejarla en la posición adecuada.

Había supuesto que ella haría un esfuerzo para tratar de soltarse. Igual que las otras. Pero no fue así. Permaneció inmóvil, mirándolo, con los brazos extendidos y las pier-

nas abiertas. Era como si estuviera pidiéndole que fuera especialmente brutal. ¿Cómo iba a decepcionarla?

Abrió el armario donde guardaba los juguetes y los instrumentos que había reunido a lo largo de los años; sacó las tijeras de emergencias y la mordaza de bola nuevecita, que procedió a meterle en la boca y a fijársela con la correa. Todavía ninguna señal de resistencia. Era demasiado bueno para ser cierto. Aunque, por otro lado, había descubierto que con un poco de resistencia la experiencia resultaba mejor.

Una vez que le hubo cortado la ropa, se sentó en la cama y estudió su cuerpo desnudo. Un cuerpo delgado y en forma; un poquito demasiado delgado para su gusto. Sus caderas, igual que su pelo, rozaban lo masculino. Observó como subían y bajaban al respirar los músculos que se le marcaban claramente en el estómago. Una adicta al gimnasio. Sus pechos serían al menos dos tallas demasiado grandes si no hiciera el ejercicio suficiente para reducirlos. Pero le gustaban sus brazos. Eran casi perfectos, con los bíceps y los tríceps bien definidos. Y su coño. A él le gustaban afeitados, y este era tan terso y suave que parecía que nunca hubiera tenido un solo pelo.

Dejó vagar la mirada hacia arriba hasta encontrarse con la suya. Su expresión le desconcertó. Estaba completamente a su merced, sin la menor idea de lo que le esperaba. Y, sin embargo, no detectaba en sus ojos nada más que una completa calma. A ella le gustaba. No cabía otra explicación. Inclino los labios sobre su rostro y dejó escapar un grumo de saliva, que cayó sobre su mejilla y luego resbaló a lo largo de su garganta. Ninguna reacción todavía. Se sentó encima de ella, le pellizcó el pezón derecho entre el pulgar y el índice, y apretó hasta que la uña de su pulgar palideció.

Ahí. Finalmente captó un atisbo de dolor y un estremecimiento de miedo en su mirada. Ya satisfecho y convencido de que sería capaz de quebrar su firmeza, salió de la

habitación y fue a la sala de *spa*, donde se quitó la ropa, se relajó y se metió en la ducha. Enjabonó bien todo su cuerpo y abrió el agua caliente hasta sentir que le quemaba la piel.

Después de secarse y cepillarse los dientes, puso una esponja en un cuenco, la llenó de agua tibia y gel de baño, y volvió a la habitación sin ventanas. Pulsó el botón de un mando a distancia y la puerta se cerró tras él silenciosamente. Al subirse a la cama y empezar a lavarla, vio que ella seguía con la mirada la esponja chorreante que tenía en la mano. Esta parte siempre le excitaba, y empleó la mano libre para estimular su erección hasta que la sangre le palpó en las venas.

Cuando comprobó que estaba limpia, tiró la esponja al suelo y se inclinó sobre ella para saborearla por fin. El golpe le impactó antes de que tuviera tiempo siquiera de sacar la lengua.

La intensidad del dolor y el prolongado zumbido que resonó en su oído derecho lo dejaron aturdido. Era como si su cabeza fuera a desprenderse y a caer al suelo en cualquier momento.

Estaba desconcertado. ¿Qué había ocurrido? ¿Era ella quien le había pegado? No, imposible. Estaba atada. Se pasó la mano a tientas por el oído lastimado y por el nacimiento del pelo. No parecía sangrar, pero notó que se le estaba formando un bulto palpitante.

Solo ahora advirtió que uno de los cables estaba cortado. Pero ¿cómo demonios...? No, no era posible que ella tuviera esas tenazas en la mano. ¿De dónde las había sacado? Con la otra mano sujetaba un mazo de goma. ¿Esas herramientas formaban parte de su propio instrumental? Empezó a repasar mentalmente el contenido del armario, pero no le dio tiempo de pasar de la colección de látigos, pues ella volvió a golpearle con el mazo. Esta vez con tal fuerza que ya no sintió ningún dolor y no fue consciente de que se derrumbaba sobre ella.



## **PRIMERA PARTE**

**9 a 16 de mayo de 2012**

### LA PARADOJA DE TESEO

Según la mitología griega, el guerrero Teseo salvó a catorce hombres y mujeres jóvenes de ser sacrificados al Minotauro en la isla de Creta. El barco en el cual regresó a Atenas se conservó, en memoria de sus heroicas hazañas, y se convirtió rápidamente en un símbolo, en un recordatorio de que incluso lo que parece imposible es posible.

Las fuerzas de la naturaleza, sin embargo, causaron estragos en el barco, que se fue deteriorando con el pasar de los años. Cuando algunas tablas de madera se pudrieron del todo, se tomó la decisión de cambiar las que se encontraran en peor estado. Finalmente, se reemplazaron todas las de la embarcación por otras nuevas. La cuestión que se planteaba entonces era: ¿ese era realmente el mismo barco que el original?, ¿todavía era el barco de Teseo?

## 1

Astrid Tuveson, jefa de la brigada criminal de Elsinor, en Dinamarca, lamentó su decisión nada más salir de casa. Dentro, las persianas mantenían a raya el reluciente sol primaveral, pero fuera el resplandor era mucho más intenso de lo que había supuesto. Si no encontraba pronto sus gafas de sol en el bolso, el dolor de cabeza iba a hacer que le explotara el cráneo. Ya se imaginaba a Ingvar Møllander y a sus hombres acercándose para acordonar la escena y recoger los pedazos de su cuerpo. Ah, ahí estaban... sus gafas de sol, cubiertas de rasguños y marcas de dedos.

Ay, por el amor de Dios... Ahora, de repente, necesitaba mear. A veces se exasperaba consigo misma. Típico en ella: olvidar ir al baño antes de salir y tirar las llaves dentro del bolso, donde ahora sería imposible encontrarlas, claro. Ese bolso podía hacer desaparecer cosas que ni David Copperfield. Decidió que no tenía sentido buscarlas (ya habían desaparecido; probablemente para siempre), así que se bajó los pantalones y las bragas, y se acuclilló sobre el parterre.

Era su propio patio, ¿por qué no podía hacer lo que le apeteciera? Si a algún vecino no le gustaba, que llamara a

la policía. Mientras se reía ante la idea, el chorro fue saliendo entre sus piernas a ráfagas, como de una fuente de fantasía.

No sabía muy bien por qué no se quedaba en casa, tal como había planeado; por qué sentía este impulso de sentarse al volante y arrancar. Al fin y al cabo, solo se había tomado tres días por enfermedad desde el lunes, lo cual no era nada comparado con lo que hacían otros miembros del equipo.

En cierto modo, toda la culpa era del idiota de Gunnar, pensó mientras metía la marcha atrás. De no ser por él, no habría sucedido nada de esto. Ella habría estado en la comisaría, trabajando con todos los demás, y no tirada en el sofá de casa...

Sonó un topetazo.

El coche había chocado con algo por detrás; se apresuró a frenar. ¿Qué demonios era? Ajustó el retrovisor y dedujo que debía de ser el buzón. El buzón que el idiota redomado se había empeñado en apuntalar y hundir en un montón gigantesco de cemento bajo tierra, que sin duda sobreviviría a la Tercera Guerra Mundial. Era lo que le faltaba. No quería ni pensar cómo habría quedado la parte trasera del coche.

Astrid avanzó y retrocedió varias veces, y luego salió a la calle Singögatan y se alejó lo más rápidamente que pudo, antes de que saliera algún vecino a mirarla con la boca abierta. Justo a eso se refería. Todo, absolutamente todo lo que estaba mal en su vida, era culpa del idiota de Gunnar.

Torció a la izquierda por la rampa de acceso a la E20 dirección norte, pulsó el encendedor del coche y sacó el último cigarrillo del paquete estrujado en la manija de la puerta. Al extenderse el cerco incandescente por las hebras de tabaco, aspiró tan profundamente como se lo permitían los pulmones y aceleró para incorporarse a la autopista.

Solo unos años atrás, había sido ella quien había querido irse. Sin embargo, Gunnar se había aferrado a la relación y, poco a poco, el amor moribundo de Astrid se había convertido en desprecio. Ese desprecio la había transformado en un monstruo odioso; cuando él se decidió por fin a dejarla, nada salió como ella había imaginado. Nada.

Al principio, no comprendió lo que sucedía: sonó un repentino crujido y el retrovisor de su lado se deprendió y acabó colgando de sus largos cables y golpeando la chapa del coche como un pájaro carpintero enloquecido. Entonces vio el BMW rojo justo delante de ella. Tocó largamente el claxon, pero no hubo ninguna reacción; el BMW se alejó acelerando. De ningún modo iba a permitir que el tipo se largara tan fácilmente. Pisó a fondo y enseguida le dio alcance.

No había nada que detestara más que esos nuevos ricos con coches caros, y estaba convencida de que se trataba de un hombre, y de un hombre pequeño, además, en todas sus posibles dimensiones. Le adelantó por la izquierda, volvió a meterse en el carril de la derecha con las luces de emergencia encendidas y redujo la velocidad mientras alzaba su placa policial. Como si él pudiera verla. Pero daba igual. El tipo iba a parar y, cuando lo hiciera, le daría una lección.

El BMW, sin embargo, tomó el carril izquierdo y pasó volando por su lado como si fuera la cosa más fácil del mundo. ¡Qué demonios! Aquello era una declaración de guerra. Sacó el brazo izquierdo por la ventanilla y arrancó el retrovisor mientras seguía al BMW rojo, apretando con todas sus fuerzas el pedal del gas contra la sucia esterilla del suelo.

Al cabo de un momento, ya rebasaba ampliamente el límite de velocidad. Su Toyota Corolla se estremecía y todo indicaba que ya no quería participar en la persecución. Pero ella lo tenía todo controlado, porque conducía de maravilla (modestia aparte); para cuando pasaron junto a la

salida de Elsinor Södra, había vuelto a alcanzarlo y le hacía señales con las largas.

El BMW, sin embargo, no frenó. Aceleró más. Obviamente, el conductor no sabía con quién se las tenía. Astrid introdujo la mano en el bolso, que estaba en el asiento del pasajero. Su teléfono debía estar por ahí dentro, seguro. Ah, vaya, ahora tropezó con las llaves. A buenas horas.

Al fin, sacó el móvil y le echó un vistazo rápido, buscando la aplicación de la cámara. A saber dónde estaba. Maldito Samsung de mierda. Lo odiaba. Por no hablar del hirsuto vendedor que se había explayado como un loro sobre las ventajas del sistema Android sobre el iOS. Al final, ella había cedido para que se callara de una vez. Pero, bueno, al parecer ahora estaba funcionando. Cómo lo había logrado, no tenía ni idea.

Astrid alzó el teléfono y apuntó la cámara hacia el vehículo que tenía delante, y solo entonces se dio cuenta de que estaba a punto de meterse en el arcén. Pisó el freno con todas sus fuerzas, haciendo que el coche derrapara de lado, e inmediatamente sonó una cacofonía de bocinas de coches y camiones.

Esto era el fin, fue lo único que pensó. Se había acabado todo, y tal vez mejor así. Al fin y al cabo, no era más que una gran perdedora menopáusica y una deshonra para el cuerpo.

Sus manos, sin embargo, se negaron a rendirse; se esforzaron para enderezar el coche y reducir la marcha a la vez. Y lo mismo su pie derecho, que pisó hasta el fondo. Milagrosamente, recuperó el dominio del automóvil. Dio un grito de alegría. Luego, tras unos segundos, procuró serenarse repitiéndose el mantra de que estaba todo controlado.

Para entonces, el BMW rojo iba cincuenta metros por delante. Astrid comprobó que reducía la velocidad para tomar la salida de Elineberg-Råå, recogió el teléfono del reposapiés y empezó a filmar de nuevo. Enseguida lo al-

canzaría y entonces..., maldita sea, le enseñaría buenos modales.

Tal vez debido a su presencia, o a la fila de coches que se veía hasta la rotonda, el conductor cambió repentinamente de idea y volvió a acelerar por la autopista, sin dar señales de que fuera a reducir la marcha, aun cuando se dirigían directamente hacia el centro de Elsinor.

No la redujo un poco hasta que llegaron a Malmöleden, cerca de la antigua comisaría de policía, pero el semáforo en rojo en Trädgårdsgatan no pareció importarle lo más mínimo. Astrid no iba a dejarse vencer, así que tocó la bocina durante toda la intersección al tiempo que empezaba a oír sirenas. Los agentes uniformados habían despertado por fin. Ya era hora.

Le bastó con una ojeada al retrovisor para ver un coche patrulla que la seguía. Ella les hizo señas para que se calmaran. De ningún modo iba a permitir que se interpusieran y se hicieran cargo del asunto. Esta situación absurda era toda suya.

La fuente circular que quedaba cerca del ayuntamiento, de veinte centímetros de altura, no era propiamente una fuente, sino más bien un *frisbee* gigante compuesto de fragmentos de azulejos. Una simple abertura en el centro rezumaba agua sobre la superficie y mantenía permanentemente mojado el conjunto. A ella nunca le había gustado esa fuente, y su opinión no mejoró precisamente cuando apareció como surgida de la nada en la curva a la izquierda hacia Hamntorget. No sirvió de nada que tirara el teléfono ni tampoco que tratase de virar.

La escasa altura y el borde redondeado del círculo de azulejos colaboraron en perfecta simbiosis con el ángulo de entrada y la velocidad del Corolla, haciendo que primero volcara de lado, y luego que su techo raspara contra la fuente con un chirrido. Cuando al fin se detuvo unos metros más allá, colocado del revés en mitad del carril bici

como un impotente escarabajo, Astrid se desató el cinturón y salió a gatas del coche.

Mierda. La cabeza le martilleaba. En cuanto a sus ojos..., no sabía bien si veía doble o si las cosas estaban borrosas. Fuese lo que fuere, no era nada bueno. El conductor del BMW iba a salirse con la suya. Estaba segura de que el muy cabronazo seguiría moviéndose por la vida como si no hubiera pasado nada. Como si todo fuera un puto juego.

Buscó con la mirada el coche rojo, que enseguida doblaría a la derecha por Kungsgatan, y luego, con toda probabilidad, se volvería por donde había venido. Pero, de hecho, no giró: siguió adelante, pasando frente al *nigh-club* de la antigua estación de ferris y dirigiéndose hacia el borde del muelle.

¿Qué hacía? Astrid corrió por el adoquinado hacia el agua. Todo le daba vueltas, como si fuera Midsummer y hubiera estado jugando a lo loco un partido de *dizzy bat*. Se cayó varias veces mientras caminaba y notó que debía haberse golpeado la cabeza al estrellarse. Pero eso habría de esperar.

El BMW salió disparado por el borde del muelle y voló varios metros antes de impactar contra el agua. Astrid siguió corriendo, y vio que otras personas llegaban a toda prisa desde diferentes direcciones y se agolpaban al borde del embarcadero. Se detuvo cerca de la multitud, recuperando el aliento, y se aclaró la garganta.

–¡Abran paso, policía! –dijo con el tono más autoritario que consiguió adoptar–. Hemos de acordonar la zona, así que deben apartarse al menos veinte metros.

La mayoría se volvió a mirarla.

–¡Sí, hablo con ustedes! Vamos, muévanse, rápido –insistió, gesticulando con ambos brazos.

Cuando la multitud empezó a apartarse, vio cómo se hundía la parte trasera del coche en las aguas oscuras.